



La verdadera libertad

por
ANTONIO INIESTA

En mi artículo anterior prometí ocuparme de la libertad que Dios concede a los seres humanos, idea que se me presentó a raíz de lo que se dijo en televisión, en Moros y Cristianos concretamente, de que Dios es un ser egoísta que no quiere impedir todo el mal que padece el mundo y que en honor a la verdad, es un producto de los hombres.

Es ésta una idea muy peregrina, bastante extendida entre aquéllos cuya fe, muy debilitada, está acosada por los acontecimientos diarios -crímenes, hambre, catástrofes, etc.-, y en los que esta fe miope y a todas luces inconsistente, se estrella contra ese muro, porque el cristiano es incapaz de elevarse sobre tantos dramas que nos acosan y, en el peor de los casos, nos ocupan.

Es un error pensar que Dios es un ser egoísta. El que esto piensa ha olvidado que hace dos mil años un hombre llamado Jesús se dejó crucificar por nosotros, para que tuviéramos vida, y una vida abundante. Este hombre al que muchos le niegan el poder de Hijo de Dios, sufrió toda clase de vejaciones a las que siguió la muerte de cruz, por la moda de entonces de crucificar a los malhechores.

Esto de negar la divinidad de Jesús no es un problema de nuestros días, sino que viene de antiguo, una idea que ha llenado muchas páginas de muchos libros, siglos después de la muerte de Jesús. Y si esto es así, mal podemos comprender el sacrificio de este hombre que curó a enfermos y resucitó muertos. El acto en sí tiene la importancia que le queremos dar, pero sobre todo por el sacrificio y el valor del que hace la entrega de su vida. El hombre es artífice de su propia historia y todo depende, de una manera subjetiva, de lo que hayamos escrito en ese diario en blanco que se nos entrega al venir a la vida.

Pero nuestra mala fe va mucho más lejos y ya no nos paramos a decir que Jesús es un invento de los «beatos», sino que apuntamos más alto, a

Dios, y a Él le disparamos nuestros insultos, con un arma de gran calibre, como es la estupidez de la gente. Y propalan, frotándose las manos: Dios no existe. Y se quedan tan campanetes. Aunque yo diría que no son felices.

Pero Dios existe y es aquí precisamente donde radica todo el meollo de la cuestión que estamos tratando. Si Dios existe, ¿cómo no detiene la mano del que va a cometer un crimen, del que va a robar, del que circula por la vida haciendo el mal? Pregunta interesante donde se han estrellado tantos filósofos y sobre todo aquellos que han buscado siempre una excusa que justifique su ateísmo.

Dios hizo al hombre libre, Dios no hace esclavos, los esclavos los hacen los hombres, todo el mal viene de los hombres, precisamente porque son libres, capaces de las mayores heroicidades o de las mayores monstruosidades. El bien y el mal Dios los delimita perfectamente, son dos caminos que se abren ante nosotros para que elijamos en libertad. Si en el momento de cometerse un asesinato Dios sujetara la mano del asesino, entonces el hombre dejaría de ser libre, toda la responsabilidad de nuestras acciones dejaría de existir precisamente porque Dios habría paralizado nuestra obra. Todo lo que hacemos sería un acto reflejo exento de culpa, y Dios no quiere eso, no hizo esclavos como ya he dicho antes. El ser humano en su vertiente atea puede canalizar sus actos hacia la negación de Dios, desarrollar un sistema anti-Dios, puede promulgar sus ideas y su credo sobre problemas teológicos, que casi siempre desconoce, sin que nadie se meta con él, sin que haya en la cúpula de la Iglesia nadie que atente sobre su libertad. Si escribe contra Dios, su libro seguirá su curso, quedará impune, siempre lógicamente que no repercuta en la libertad de otros ciudadanos, libertad civil, naturalmente, pues la libertad que da la política, el derecho civil, no es igual a la que da Dios, que es una libertad

absoluta. Pero ojo, al final de nuestra vida, corta o larga, daremos cuenta de nuestros actos, precisamente porque la libertad ha dejado de existir por una cuestión obvia: por la muerte.

Yo me admiro de todo lo que se ha escrito y se ha hablado sobre la libertad que da el mundo, a través de los partidos políticos y del gobierno en funciones, y a la que se la eleva a las más altas concesiones en virtud de este proselitismo que va buscando robustecer el número, agrupar por aquello de que la unión hace la fuerza; pero bien meditado, analizando sin pasión, vemos que son promesas que muchas no llegan a cumplirse, por utópicas o por una simple relajación del hecho.

A mí todo esto me parece maravilloso, que haya mandatarios que se preocupen de los problemas de otros hombres, pero quiero decir que la libertad que nos dan los hombres -que muchas veces no tiene nada que ver con la que nosotros nos tomamos-, no tiene nada que ver con la libertad que nos da venir al mundo libres -con genes o sin genes-, con una capacidad de elección para el bien o para el mal. Dios quiere que todos seamos responsables de nuestras obras, sin esperar ingenuamente que una ráfaga celestial pare el cuchillo que sujeta tu mano.

SONETO

*Llevas sobre tus hombros tantas luces,
¡ay mi Pastor en redes apresado!,
que el monte, la colina y el collado,
se han llenado de flores. Tú me induces*

*y al mismo tiempo que mi amor seduces,
sobre el dolor, mi feudo y mi legado,
¡ay mi Pastor en gracias saturado!,
llegas al corazón y lo conduces.*

*Deja que lllore a solas, que he negado,
deja que ponga en cuenta la certeza
de lo que nunca di y te he robado.*

*¡Ay mi santo Pastor enamorado!,
no busques tu perdón a mi tibieza,
que a veces, sin quererlo, te he negado.*